

PREFÁCIO DO PROF. E. MIRA Y LÓPEZ

En el epicentro del colosal psicomoto que agita la Humanidad en estos últimos decenios, se encuentra la propia concepción del Ser y el Destino del Hombre, considerado como entidad que trágicamente, es decir, agónicamente, ha de construir en cada instante su historia sobre una base existencial que no le es propia.

Esta base llámase, abstractamente, Sociedad, en unos casos, Estado, en otros, Familia en otros; sin ella es imposible a nadie elevarse por encima del nivel de Homo Natura. Pero, en la interrelación dinámica de las partes y el todo, es decir, del individuo y de la especie, surgen fricciones de tal magnitud que ocasionan fisuras en aquellas y en este, dando lugar a desajustes de conducta que, ora evolucionan solapada e insidiosamente, ora se precipitan y alcanzan intensidad crítica, obligando entonces a la segregación o separación forzada del elemento más fácilmente aislable que es — siempre — el más débil y, por ende, el considerado culpado. Hasta qué punto el individuo humano no cuenta hoy en el lenguaje superpotente de los grupos sociales nos lo demuestra la impresionante novela de Gheorghiu La hora veinticinco, que en estos momentos constituye el “best seller” europeo.

Quien recoge los “heridos blancos” de esa inmensa lucha existencial y trata de recomponerlos para lanzarlos de nuevo a ella es — precisamente — el psiquiatra. A él llegan cada vez en mayor cantidad los contingentes de fracasados, desilusionados, maltrechos y vencidos morales, como llegan también (esta vez en competencia con los jueces), los rebeldes, los cínicos, los desorbitados y transgresores de las normas sociales vigentes. Lo que se le pide no es una etiqueta diagnóstica sino una obra de salvación. Esta implica una tarea ingente, casi divina: a) desenvolvimiento de las potencialidades creadoras; b) modificación y aprovechamiento de las potencialidades destructoras. O dicho de otro modo: un reajuste intrapsíquico que restablezca la paz interior y permita lograr una nueva síntesis personal, capaz de propulsar al individuo, sin mayores fricciones, en su dialéctica social.

Acontece, no obstante, que tan ambiciosa tarea difícilmente puede ser bien realizada sin ecuacionar los 4 grupos de factores que la condicionan: a) las disposiciones genotípicas; b) las adquisiciones experienciales (incluyendo las derivadas del aprendizaje escolar); c) influjos fisiopatogénos directos (infecciones, intoxicaciones, etc); d) las presiones del ambiente social (exigencias económicas, morales, etc). Podemos decir que las divergencias actualmente existentes entre las diversas escuelas psiquiátricas no se basan en la admisión y en el rechazo de tales y cuales factores de esos grupos sino en la fijación del peso e importancia que cada uno de ellos tiene en la patogenia de cada caso. Así se delinean cuatro grandes orientaciones psiquiátricas: la constitucionalista, la psicoanalítica, la psicobiológica (que comprende desde la variante organicista a la psicodinámica) y la social. Sin grave error podríamos afirmar que la primera predomina en Alemania y países de Europa central, la segunda y la tercera se asientan preferentemente en los países de habla inglesa y la última en el círculo cultural eslavo.

Hasta ahora los psiquiatras sudamericanos habían permanecido más influenciados en sus trabajos por los grandes maestros europeos. Pero desde el pasado decenio ha empezado a crecer la importancia de la psiquiatría norteamericana en sus ideas. Y ahora estamos ante el primer fruto, sazonado y nutritivo, de ese influjo: la Dra. Iracy Doyle, formada psiquiátricamente en Brasil y psicoanalíticamente en Estados Unidos, nos proporciona un verdadero Tratado de Psiquiatría en 3 volúmenes, de los cuales el primero lleva el modesto título de Introducción a la Medicina Psicológica. En esta obra rezuma abundantemente la orientación psicoanalítica y psicobiológica que la ilustre autora ha recibido en su larga permanencia en Norteamérica, sin dejar de anotar, también, atisbos de la orientación ecológica, social, que suscriben principalmente Fromm y Sullivan.

Sin duda por un gesto de generosa simpatía hacia los exilados, la Dra. Doyle me ha honrado, no solo con abundantes citas sino, también, con el encargo de prologar su trabajo. Tarea evidentemente innecesaria pues su nombre y su valía ya son bien conocidos y apreciados en el Continente; no obstante, contra todas las previsiones lógicas, he aceptado esa incumbencia por la simple razón de que ella me proporcionaba la ocasión de presentar ante los lectores del libro algunas facetas que quizás ignoren de la personalidad de su creadora.